

No cabía, ni por un instante, forjarse ilusiones de reposar en los camarotes, en que oscilaban violentamente las lámparas suspendidas. Nada había allí fijo y estable; nos encontrábamos en vivienda pequeña, frágil, abandonada á sí misma, lejos del mundo, en medio del inmenso desierto de las aguas australes. Y fuera se oían siempre los ruidos de las olas y el lúgubre mugir del viento que encogía el corazón.

El pobre Ives sólo poseía su hamaca, siempre balanceada, y cada dos noches se le permitía dormir ligeramente abrigado.

XIV

Una mañana murió la *cotorra* de Ives; habíase levantado gran viento, y mandaron recoger el segundo rizo á las velas del mastelero mayor. El animalejo se dejó aplastar, por descuido, entre el mástil y la verga.

Ives, que oyó su grito, voló á socorrerle; era ya demasiado tarde. Tornó á bajar, llevando en la mano á su pobre *cotorra* muerta, aplastada, sin forma alguna de ave; una mezcla de sangre y de plumas grises, debajo de la cual se agitaba convulsa una pata crispada por el dolor.

Ives experimentaba verdadera pena; yo lo conocía en sus ojos. Limitóse, no obstante, á enseñarme aquellos restos informes, sin decirme nada y mordiéndose el labio con afectada indiferencia. Después la arrojó al mar, y el tiburón que nos seguía la devoró inmediatamente.

XV

Era el invierno de 1876: *La Sibylle* había regresado á Brest hacía dos días, después de haber concluido su expedición, y yo me encontraba con Ives, cierta tarde de Febrero, en una diligencia que nos conducía á Plouherzel.

Era un rincón, bastante extraviado por cierto, el pueblo de la madre de Ives. El carruaje debía llevarnos en cuatro horas desde Guingamp á Paimpol, donde nos proponíamos pasar la noche; y desde allí nos sería preciso caminar bastante tiempo á pie para llegar á la aldea.

Fuimos, pues, recorriendo un pobre camino vecinal, y sumergiéndonos cada vez más en el silencio de un campo triste. La noche de invierno caía sobre nosotros con melancólica lentitud; una lluvia fina y espesa envolvía los objetos en

cieno gris. Los árboles pasaban, mostrando uno en pos de otro su silueta muerta. De tarde en tarde aparecían y pasaban también las aldeas; aldeas de la Bretaña, cabañas negras con techos de paja, ermitas ruinosas con su esbelta aguja de granito, guaridas aisladas, melancólicas, que se perdían pronto detrás de nosotros, entre las sombras de la noche.

— Vea usted, decía Ives: he seguido este camino mismo, y también de noche, hace ya once años. Catorce años tenía entonces, y recuerdo que lloré muchísimo en aquel viaje. Era la primera vez que me separaba de mi madre para matricularme yo solo, en la marina de Brest.

En este viaje á Plouherzel acompañaba yo á Ives casi por entretenimiento, y algo también por carencia de ocupaciones propias. La licencia que se me había concedido era de muy poco tiempo, y por esta vez me era imposible ver á mi madre; por eso me contenté con ver á la de Ives y conocer su aldea, de la que tantas veces y con tanto cariño me hablaba.

En aquel momento casi me arrepentía de haberme puesto en camino. Ives, absorto en la alegría de su regreso, solía hablarme por deferencia, pero estaba con su espíritu muy lejos de mí. Comprendía yo perfectamente que, como era na-

tural, iba á ser un extraño en aquel rincón del mundo al que nos dirigíamos, y toda aquella Bretaña, aún no amada por mí en aquella época, me oprimía con su tristeza.

Llegamos á Paimpol. La diligencia rodó sobre piedras entre dos hileras de casas negras, y se detuvo. Allí esperaban algunas personas con linternas. Palabras bretonas se cruzaban con vocablos franceses.

— ¿Hay viajeros para la fonda Pendreff? preguntó una voz de muchacho. ¡La fonda de Pendreff! Este nombre despertó mis recuerdos; nueve años antes, durante mi aprendizaje de marino, había descansado allí una hora. Lo recordé perfectamente; la fonda era una antigua mansión señorial, con torrecilla y gran fachada, y dos señoras de Pendreff, viejas las dos, muy semejantes una á otra, vestidas á la antigua y serviciales y atentas como antiguamente: fuimos, pues, á la fonda de Pendreff.

Nada había cambiado en la casa. De las dos señoras ancianas, sólo quedaba una; la otra había muerto. La que sobrevivía era ya tan vieja nueve años antes, que no había podido envejecer más. Su aspecto, su tocado y la plácida honradez de su persona, todo era antiguo.

Sienta perfectamente cenar delante de un buen

fuego que chisporrotea : la alegría volvió á nuestro espíritu.

Inmediatamente la señora de Pendreff, provista de un candelero de cobre, nos precedió por una escalera de granito y nos hizo entrar en una habitación inmensa, en la cual estaban preparadas dos camas de forma muy antigua, que, á pesar de todo, bajo sus blancas colgaduras invitaban al descanso.

Ives, no obstante, comenzó á desnudarse con lentitud, como de mala gana.

— ¡Bah! gritó de pronto, volviendo á ponerse las prendas que se había quitado : me voy. Desde luego, usted lo comprende de fijo, yo no podría dormir. ¡Tanto peor! Llegaré muy tarde; los despertaré después de media noche, esto acaso les asuste un poco, como el año en que torné de la guerra... Pero, vamos, tengo demasiada gana de verlos... y nada ; que me voy.

Yo, en su caso, habría hecho lo mismo.

Paimpol dormía profundamente cuando salimos : le acompañé un trozo del camino para que la noche se me hiciera más corta.

Ives caminaba muy de prisa, muy agitado y repasando con la imaginación las memorias de otro regreso.

— « Sí, decía dirigiéndose á mí ; después de la

guerra llegué, como ahora, á despertarles á las dos de la madrugada. Había yo caminado á pie desde Saint-Brieuc ; volvía muy fatigado del sitio de París. No crea usted, yo era entonces muy joven ; había ascendido á marinero. Pues mire usted : aquella noche tuve mucho miedo : cabe la cruz de Kergrist, que vamos á ver á la vuelta de ese camino, había yo encontrado un viejecillo muy feo, que tenía los brazos extendidos y que me miraba sin decir una palabra. Estoy seguro de que era un difunto, porque desapareció de pronto, moviendo su dedo índice como para llamarme. »

Justamente llegamos entonces á la cruz de Kergrist. Vimosla surgir ante nosotros, como una persona que se levanta en la oscuridad. Pero nadie había cerca de ella.

Allí me despedí de Ives y comencé á desandar lo andado. Cuando cada uno de nosotros cesó de oír los pasos del otro en el silencio de aquella noche de invierno, el recuerdo del viejecillo muerto vino á nuestra memoria, y, á pesar nuestro, miramos hacia los oscuros bosques recién cortados.

XVI

Á la mañana siguiente abrí los ojos en la habitación inmensa de la señora de Pendreff. El sol de Bretaña se filtraba discretamente por las ventanas. El día debía de ser hermoso.

Pasados algunos minutos, que empleo siempre en recordar en qué rincón de la tierra me he despertado, recordé á Ives y oí fuera pisadas de zuecos. Aquel día había gran feria en Paimpol. Me vestí muy sencillamente, para no intimidar á los amigos nuevos, á quienes debía ser yo presentado como un marinero del Mediodía: así lo habíamos convenido con Ives al disponer este viaje.

Bajé á las gradas de la fonda, donde daba el sol. La plaza estaba llena de gente marinera, aldeanos y pescadores. Ives estaba también allí; había venido muy de madrugada con toda su parentela de Plouherzel, y me esperaba para presentarme á su madre.

La madre de Ives era muy vieja; se mantenía, sin embargo, derecha y un poco orgullosa con su traje de aldeana. Algo se parecía á Ives, en los ojos principalmente; pero su mirada era dura. Me sorprendió encontrarla tan vieja; parecía más

que septuagenaria. Verdad es que en el campo se envejece de prisa, máxime cuando á los trabajos se agregan los sinsabores.

La pobre mujer no comprendía una palabra del francés, y apenas me miraba.

Pero había allí muchedumbre de primos y de amigos de aire alegre y de humor regocijado. Todos habían venido desde muy lejos de sus cho-citas llenas de musgo, esparcidas por aquel campo medio salvaje, con el propósito de asistir á la gran fiesta de la ciudad. Con éstos era necesario beber: sidra, vino; el cuento de nunca acabar.

Crecía el bullicio; los mercaderes de canciones cantaban en bretón, con voz ronca y desapacible, bajo sus paraguas encarnados, cosas que espan-taban.

Llegó en esto un sujeto del cual Ives me había hablado muy á menudo: su amigo de la infancia Juan; un vecino de choza que Ives había vuelto á encontrar en el servicio del Estado; marinero como él. Era un mozo de nuestra edad, tenía rostro inteligente y franco. Abrazó tiernamente á Ives, y nos presentó á Juana, con quien se había casado quince días antes.

Ives colmaba á su madre de atenciones y de caricias. Contábanse el uno al otro infinidad de cosas, y hablaban á un tiempo. Ives procuraba

disculpase algunas veces; pero la verdad es que daba gusto verlos y oírlos. En la mirada de la madre de Ives desaparecía la dureza cuando hablaba á su hijo.

Los campesinos tienen siempre negocios interminables con los notarios: los dejé á todos dirigiéndose á casa del de Paimpol para tratar de unas particiones dificultosas.

Por otra parte, había yo resuelto no instalarme en su casa hasta el día siguiente, á fin de no serles molesto en el primer día, y fui á pasearme solo por sitios apartados.

XVII

Caminaba yo hacía una hora. Inconscientemente había seguido el camino mismo por donde la noche antes había acompañado á Ives, y pasé nuevamente delante de la cruz de Kergrist.

Á la sazón, Paimpol, el mar, las islas, todo el paisaje, había desaparecido detrás de un repliegue del terreno: un campo mucho más triste se extendía ante mi vista.

Aquel día de Febrero era tranquilo, algo melancólico; el aire casi suave, el cielo casi azul, aunque un poco velado, como lo está siempre,

aun en los mejores días, el cielo de Bretaña.

Caminaba yo por senderos húmedos, flanqueados, según costumbre antigua, por altos repechos de tierra que limitaban tristemente la perspectiva. Las hierbas raídas, el musgo húmedo, las desnudas ramas, recordaban el invierno.

Dispersas por acá y por allá veíanse las chozas de pajiza techumbre, enverdecidas por el musgo y casi sumergidas en la tierra. Nadie había por allí: todo estaba silencioso y solitario.

Encontré de pronto una capilla de granito oscuro, con un cercado de hayas y de tumbas. La reconocí, aunque nunca la había visto; era la capilla de Plouherzel. ¡Ives me había hablado tantas veces de ella en aquellas largas noches de calma en que todo recuerda la familia y la patria! « Cuando se llega á la capilla, decía, no hay más que tomar el camino de la izquierda, y á doscientos pasos está nuestra casa. »

Seguí por la izquierda, y en el término del sendero hallé la cabaña.

Estaba aislada, casi enterrada bajo añosas y carcomidas hayas.

Descubriase desde allí un paisaje triste y sombrío: paisaje formado por llanuras monótonas, con fantasmas de árboles: un lago de agua del mar en la marea baja; lago vacío, cavado en

asientos de granito, honda pradera de ovas y de algas, con un islote en el centro.

Aquel islote, de forma extraña y de granito casi todo, semejaba desde lejos un animal de grandes dimensiones, sentado. Involuntariamente buscaban los ojos del observador el mar, que debía venir para llenar aquellos receptáculos abandonados; pero por ninguna parte lo descubrirían. Una bruma triste, fría, subía al horizonte, y el sol de invierno comenzaba á extinguirse.

¡Pobre Ives! Una cabaña aislada, al lado de un camino, era toda su fortuna; chocita bretona en la vuelta de un sendero casi perdido, muy baja de techo, bajo un cielo oscuro, medio sumergida en la tierra, abrigada por enanas paredes de granito en cuyas grietas brotaban los musgos y las parietarias.

Allí estaban sus recuerdos de niño; allí estaba su cuna; aquel era su nido. Hogar amado que su madre habitaba; hogar al que, en alas de la imaginación, volaba su espíritu desde los países más lejanos, desde las grandes y populosas ciudades de América y de Asia. Allí, en aquellos emporios de la cultura, pensaba el marino con cariño inefable en este rincón del mundo durante las hermosas noches del mar y durante las horas,

brutalmente regocijadas, de su vida de aventuras.

¡Una miserable choza, aislada en la revuelta de un camino! Aquello sólo era lo que Ives veía en sus sueños de marinero; bajo un cielo lluvioso, en medio de la melancólica campiña del país bretón, aquellos muros enanos, viejos y húmedos, cubiertos por las parietarias; y las chozas vecinas, donde ancianas cariñosas le mimaban en la infancia, y después, en los rincones de aquellos caminos, los calvarios de piedra devorados por los siglos.

¡Oh! ¡Qué sombrío me parecía aquel país y de qué manera su vista me oprimía el corazón!

Llamé á aquella puerta, y apareció en el umbral una muchacha que se parecía á Ives.

Pregunté si era aquélla la casa de Kermadec.

— Sí, respondió, entre admirada y temerosa.

— ¿Es usted, me dijo, el caballero amigo de mi hermano que llegó anoche de Brest en su compañía?

El verme solo producía en ella alguna inquietud.

Penetré. Ví las arcas, las camas bretonas, la vajilla colocada en el vasar; todo estaba aseado y limpio; la cabaña era, sin embargo, humilde y pequeña.

« Todos nuestros parientes son ricos, me había dicho á menudo Ives; nosotros somos los únicos pobres. »

Me mostró una de esas camas en forma de armario, con dos sitios, que estaba preparando para Ives y para mí. Debía yo ocupar el entrepaño superior, que estaba bien provisto de sábanas ordinarias, pero blancas, limpias y muy bien planchadas.

— Quédese usted, me dijo; muy pronto regresarán de la ciudad todos.

No quise aceptar; dí las gracias y salí de la choza. Á la mitad del camino de Paimpol, cayendo ya la noche, distinguí desde lejos un gran cuello azul, en un carricoche que regresaba al trote largo hacia Plouherzel; era el carruajillo de Juan, que conducía á Ives y á su madre. Sólo tuve el tiempo preciso para ocultarme detrás de unos brezos; si me hubiesen reconocido, de seguro no me habrían dejado abandonarles.

Era completamente de noche cuando llegué á Paimpol, y los farolillos de las calles estaban ya encendidos. Intenté confundirme y mezclarme con la multitud que se agitaba en la plaza: componíase, en su mayor parte, de marineros, de los que allí denominan *Islandeses*, que se destierran cada año, durante seis meses, para consagrarse

á la peligrosa pesca de la ballena en los mares helados.

Ninguno de esos pescadores estaba solo. Cantando circulaban por plazas y calles con muchachas cogidas del brazo: hermanas, novias ó queridas. Estos cuadros de alegría hacían más penoso mi profundo aislamiento. Yo paseaba solo, triste, desconocido y extraño para todos, bajo mi prestado disfraz, semejante á sus trajes.

Sentí frío en el corazón y desconsuelo en el alma, y bruscamente volví á tomar el camino de Plouherzel. Al fin y al cabo, acaso no molestaría yo mucho á mis buenos y sencillos amigos de allá abajo yendo á reanimarme un poco entre ellos.

Me había olvidado de comer, y comencé á andar rápidamente, temeroso de llegar demasiado tarde y encontrar la cabaña cerrada y á sus inquilinos acostados.

XVIII

Media hora después estaba yo completamente extraviado en medio del campo. En mi rededor todo era oscuridad, silencio todo: el silencio y la oscuridad de las noches de invierno. Erraba por

senderos completamente mojados, sin hallar nadie que pudiera dirigir mis pasos, ni un pueblecillo, ni una choza, ni una luz. Siempre siluetas negras de árboles desnudos. De trecho en trecho algún calvario de piedra, entre los cuales había mucho que yo no había visto en mi paseo de por la mañana.

Retrocedía yo corriendo por el mismo camino y adelantaba de nuevo, y así anduve mucho tiempo en todas direcciones. Comenzaba á caer una lluvia glacial, cuyas gotas, impulsadas por el viento, azotaban mi rostro. Importábame muy poco estar extraviado; pero deseaba encontrar algo querido, y me apresuraba á buscar á Ives.

Debía de ser bastante tarde cuando reconocí ante mis ojos la capilla de Plouherzel y el lago de agua salada, donde caía el resplandor pálido de la luna, y la masa negra de la isla de granito, y la espalda del animal de grandes dimensiones.

Cerca de la capilla oí voces humanas. En la oscuridad, dos hombres, uno de los cuales parecía un atleta, estaban cogidos de las manos y se hablaban con esa ternura *sui generis* que caracteriza el primer período de la borrachera: el período de la expansión y del enternecimiento. Eran Ives

y su amigo Juan; los conocí y corrí hacia ellos.

Admiráronse mucho y se alegraron más al verme. Después Juan cogió á cada uno de nosotros por un brazo y así nos condujo á su casa.

La choza de Juan estaba muy próxima á la de Ives, aislada también como la de éste, pero mayor y más sólidamente labrada.

Veíase desde luego, al penetrar en ella, que se entraba en casa de gentes bien acomodadas; los baúles y las camas de armario tenían cerraduras de acero labrado, que relucían como armaduras.

En el fondo se elevaba una chimenea monumental, donde ardía el tronco de una encina.

Dos mujeres, la mujer y la madre de Juan, estaban sentadas junto al fuego, hilando en sus ruecas.

La madre de Juan era una anciana digna del pincel de un maestro. También ella había contribuido en algo á educar á Ives, á quien llamaba, en su lengua bretona, *su otro hijo*, y en cuyas mejillas estampaba muy á menudo sonoros y apretados besos.

Esposa y madre esperaban desde hacía una hora con bastante inquietud y velaban por aguardar á Juan y á su amigo. Recibiéronlos con in-

dulgencia, aunque estaban un poco ebrios (es lo usual entre compañeros de armas que se encuentran de nuevo), les riñeron un poco, y después se creyeron obligadas á disponer para nosotros *tostadas* y sopa.

Un viento huracanado que se había levantado en el mar rugía por fuera, en las negruras de la campiña desierta. De cuando en cuando bajaba por la chimenea, impulsando la llama hacia delante; entonces, copos muy pequeños de ceniza empezaban á dar vueltas delante del hogar, levantándose muy poco del suelo, como los espíritus malignos de esos enanos que revolótean alrededor de las *Grandes Piedras*.

Estábamos deliciosamente cerca de aquel fuego que secaba nuestros vestidos calados por la lluvia, y esperando con impaciencia la excelente sopa que iban á servirnos.

XIX

Las *tostadas* que nos preparaban parecían, por lo anchas, á la luna; nos las daban, casi abrazando, en el extremo de una paleta bastante larga y de fresno labrado en forma de remo.

Ives dejó caer una encima de una gallina que

no habíamos visto, y que huyó á un rincón de la estancia, sacudiendo con aire de enojo aquella capa demasiado caliente. Á punto estuve de soltar la carcajada y advertí que tampoco faltó mucho á Juana para reirse; pero ni ella ni yo nos atrevimos á tomar á risa lo que ambos sabíamos que era de mal agüero.

— ¡Siempre la negra! exclamó la anciana dejando la rueca y mirando consternada á Ives. Juana, hija mía, acuérdate de enviarla mañana al mercado para venderla; siempre es esa misma la que anda por ahí dando vueltas mientras las demás duermen; acabará por hacernos mal de ojo.

Cortamos nuestras *tostadas* en pedacitos, para ponerlas fácilmente en nuestras cazuelas de sopa, y después de bien empapadas, las cogíamos, para comerlas, con cucharas de madera. Juana nos daba de beber, á los tres, de un gran frasco de exquisita sidra.

Cuando hubimos comido y bebido admirablemente, principió Juan á cantar, con voz muy agradable, una canción de á bordo que conocen muy bien los marineros bretones. Ives y yo cantábamos el acompañamiento, y la anciana marcaba el compás con el movimiento de cabeza y con el pedal de la rueca. Ya no escuchábamos

las notas tristes que entonaba el viento por fuera.

La canción principiaba así :

Somos tres marineros de Groix,
somos tres marineros de Groix,
embarcados en el *Saint-François*.

¡El viento!

¡Siempre es el de la mar nuestro tormento!

—
Un desdichado cayó al mar,
un desdichado cayó al mar,
sus compañeros quieren llorar.

¡El viento!

¡Siempre es el de la mar nuestro tormento (1)!

XX

Cuando llegó la hora de salir, nos encontramos con que Ives estaba más borracho de lo que nosotros creíamos. Una vez fuera, se sumergía hasta las rodillas en todos los baches del camino y andaba tambaleándose. Á fin de llevarle, rodeé su cintura con mi brazo derecho, coloqué su brazo izquierdo por encima de mis hombros, y de

(1) La canción, que es característica del país, se reduce á contar que la madre del desdichado marinero suplica á Santa Ana que le devuelva á su hijo, y que la Santa le promete devolverlo en el cielo, con lo cual muere la madre. (N. del T.)

esta suerte llevábale casi á cuestras. Nada veíamos, sino la profunda oscuridad de la noche; un viento muy fuerte nos golpeaba en el pecho, y el bueno de Ives continuaba sin darse cuenta de nada.

En su cabaña estaban ya inquietos y velaban esperándole. Su madre le riñó con dureza y empleando el mismo tono que suele emplearse para reñir á los muchachos; Ives, muy pesaroso, fué á sentarse en un rincón de la cabaña.

Esto no obstante, se me obligó á cenar por segunda vez : es la costumbre. Una tortilla, una tarta de bizcocho con manteca. Después se procedió al acto de acostarse la familia (primera-mente los hombres, después se apaga la luz, y una vez hecho esto, se desnudan y se acuestan las mujeres). Había debajo de los colchones un jergón lleno de hojarasca y de paja; pero ésta se hundía produciendo un ruido de hojas secas, y nos sentíamos bajar, sumergir en un agujero que nos preservaba del frío.

¡Hou! ¡hououou! ¡hou hououou! parecía decir por fuera el viento como si se indignase, y pareciendo después que se lamentaba y moría.

Cuando la lumbre se apagó y la cabaña quedó completamente á oscuras, oyóse una voz dulce de niña que comenzaba, en idioma bretón, una ple-

garia (era, la que rezaba, una pequeñuela de cuatro años que había sido recogida allí, una hija que Gildas había tenido en una moza de Plouherzel cuando pasó la última vez por su país).

La plegaria fué larga, é interrumpida de vez en cuando por contestaciones reposadas y graves de la anciana; todos los santos de Bretaña, santos *Corentin* y *Allain*, santos *Thénénan* y *Thégouneec*, santos *Tuginal* y *Tugdual*, santos *Cleto* y *Gildas*, fueron invocados: después reinó silencio.

Muy cerca de mí escuché la respiración, perceptible apenas, de Ives, sumido ya en un profundo sueño. Al pie de nuestra cama, las gallinas acostadas, soñaban, subidas en su percha. Un grillo lanzaba de vez en cuando, en el hogar caldeado todavía, sus notas cristalinas. Y fuera, alrededor de la aislada cabaña, siempre el mismo viento: un inmenso gemido que recorría toda la comarca bretona; un impulso incesante que viene del mar é imprime estremecimientos monótonos en las misteriosas horas en que los aparecidos surgen y los muertos se pasean.

XXI

— ¡Buenos días, Ives!

— ¡Buenos días, Pedro!

Y al decir esto, abrimos, á la luz indecisa de la mañana, las puertas de nuestro armario.

Este ¡buenos días, Pedro! precedido de una sonrisa de inteligencia, me lo dijo Ives con voz algo tímida y con visible vacilación: ¡buenos días, capitán! era lo que Ives tenía la costumbre de decirme, y no acababa de resolverse á saludarme con mi nombre de pila. Para hacer verosímil mi disfraz á los ojos de los vecinos de Plouherzel, habíamos convenido en esa intimidad.

Ya no parecían el rayo del sol del día precedente, ni el viento de la noche anterior. Aquella mañana el tiempo era el propio del país bretón: toda la comarca se hallaba rodeada de espesa niebla. El día se asemejaba á un crepúsculo; parecía como si aquella débil luz no tuviera fuerza para penetrar por las troneras de las chozas; por toda la atmósfera estaba repartida una lluvia menuda que semejava polvo de agua.

Teníamos que dar la vuelta ofrecida para visitar á los tíos, á los primos y á los amigos de la

ñez : las chozas de éstos se hallaban muy diseminadas, pues en realidad Plouherzel, más que un pueblo, era una región alrededor de una capilla.

Las distancias eran largas, por senderos húmedos, entre repechos cubiertos de musgo, bajo la bóveda formada por troncos de añosos árboles muertos y con un cielo completamente nublado.

Y todas aquellas chozas eran entre sí muy semejantes : bajas, enterradas, sombrías; de paja el techo, de granito sin labrar las tapias; y por dentro, negras, salvajes, con sus lechos en forma de armario, custodiadas por imágenes de santos ó efigies de la Virgen.

En todas partes fuimos bien recibidos con cordialidad y franqueza; en todas fué indispensable comer y beber. Suscitábase allí conversaciones en dialecto bretón, en el que, en obsequio mío, solían intercalar, bien ó mal, algunos vocablos en francés. Lo que gustaba más á aquellas buenas gentes era hablar de la infancia de Ives. Ancianos y ancianas referían, riéndose, las travesuras que el futuro marinero hacía por entonces; travesuras que, según oí, habían sido numerosas.

Terminadas nuestras visitas, Ives, que deseaba evocar á solas aquellas memorias de que tanto había hablado durante el día, quiso que meren-

dásemos los dos en un sitio agreste y solitario, donde él acostumbraba á hacerlo cuando niño : hicimoslo así efectivamente, y aunque comimos con apetito excelente la frugal y tosca merienda, Ives me dijo al concluir :

— Esto no me parece tan bueno como entonces, y además creo que estoy triste. Cuando era yo pequeño también me sucedía esto alguna vez, lo recuerdo perfectamente; pero la tristeza era menor que ahora. ¿ Quiere usted que nos vayamos?

Yo, admirado de oírle, no pude menos de decir :

— No parece sino que has adivinado mi pensamiento.

Ives me miró entonces con melancolía : aquella mirada de Ives expresaba muchas cosas que yo no acertaría á explicar. Esa tarde comprendí que en Ives existían, en mayor abundancia que yo imaginaba, ideas y sensaciones semejantes á las mías.

— ¿ Sabe usted, exclamó, una cosa que me inquieta muchas veces cuando estamos lejos, muy lejos, en el mar ó en los países de *allá abajo*? Yo no sé si me atreva á decirlo... La idea de que puedo morir y que no me traeran á descansar en mi cementerio.

Y al decir esto, señalaba con la mano la aguja

de la capilla de Plouherzel, que veíamos á lo lejos como un punto negruzco.

— No es por la religión, ya lo comprende usted; porque yo, como usted sabe, soy muy poco amigo de los curas. No : es una idea que tengo, no sé por qué. Y cuando me da por fijarme en él, este pensamiento me impide ser valiente.

XXII

Aquella noche, después de la cena, la madre de Ives me recomendó solemnemente á su hijo : la influencia de aquella recomendación duró toda mi vida.

La pobre anciana, con el instinto casi infalible de las madres, comprendió que yo no era lo que fingía ser, y que podría tener, sobre la vida de su hijo menor, influjo decisivo :

« Dice, me tradujo la hermana de Ives, dice que usted trata de engañarnos, caballero, y que mi hermano nos ha engañado también por complacer á usted; que usted no es un cualquiera como nosotros. Y pregunta, ya que ustedes navegan juntos, si quiere usted velar por Ives. »

Entonces la pobre anciana principió á con-

tarme la historia de su marido, historia que por boca de Ives conocía yo hacía ya mucho tiempo. Escuchábala, no obstante, gustoso, referida delante de la inmensa chimenea bretona por aquella linda muchacha, á quien la llama retrataba caprichosamente sobre un tronco de haya.

« Dice que nuestro padre era un marinero muy hermoso, tan hermoso, que en nuestro país no se había visto ningún hombre que lo fuese tanto como él. Murió dejándonos á trece hijos huérfanos. Murió como mueren muchos marineros en este país, señor. Un domingo en que había bebido con exceso salió al mar en su barca por la tarde, á pesar de un gran viento que soplabá del Noroeste, y no volvió más. Como sus hijos, tenía muy buen corazón, pero muy mala cabeza. »

Y al decir esto, la pobre anciana miraba á su hijo Ives con fijeza.

« Dice, prosiguió la muchacha, que mis padres habitaban en Saint-Pol-de-Leon, en el Finisterre; que Ives tenía un año, y que yo, cuando desapareció nuestro padre, aún no había nacido; entonces mi madre abandonó la ciudad para tornar á Plouherzel, su pueblo natal. Mi padre dejó nuestros asuntos completamente embrollados; casi todo el dinero que habíamos poseído en otro tiempo había ido á parar á la taberna, y mi madre